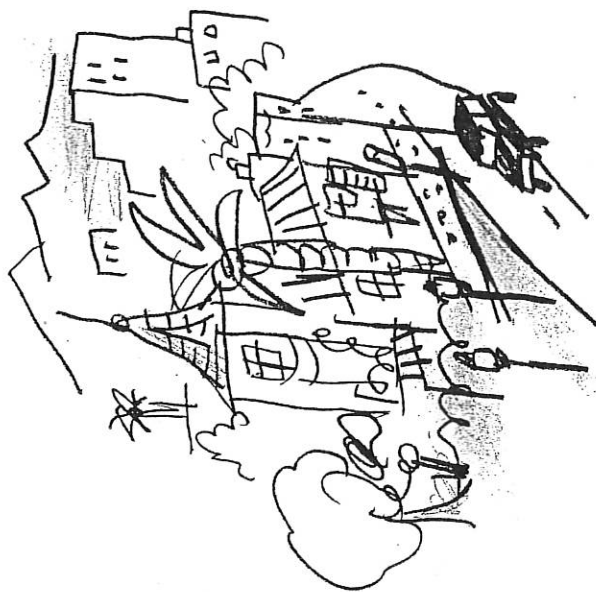


El maravilloso mundo de
Jackie Gleason

MARCOS ORDÓÑEZ



MARCOS ORDÓÑEZ (Barcelona, 1957). És professor a la Universitat Pompeu Fabra i a l'Institut del Teatre. *El signo de los tiempos* va ser la seva primera novel·la, a la qual van seguir *A cualquiera puede sucederle*, *Una vuelta por el Rialto* y *Rancho aparte*, que va obtenir una menció especial del jurat en el Premi Nadal. També ha publicat el llibre de relats *La esencia del guagancó* i estrenat l'obra de teatre *La noche de Eldorado*. Les seves crítiques teatrals estan reunides a *Molta comèdia*.

Devil: «You're a very bad man, Bobby.»

Bobby: «Well, nothing's black and white.»

Devil: «Nothing's black and white, nothing's black and white - and what about a panda? What about a fuckin' panda, you dumb fuck?»

DAVID MAMET. *Bobby Could In Hell*

Pepita Forever

Y para Nieves, Jorge y Laura Guerricaebearría

Cuando las cartas vienen mal dadas, cuando todo parece blanco o negro y se impone relativizar y abrir bien los ojos para atrapar el envés de lo que nos rodea, pienso en Jackie Gleason y en el abuelo Manolo, y en la historia que me contó Patricia. No es una historia clara, y tampoco estoy seguro de si lograré contarla bien, ni de si, a fuerza de contarla, acabará algún día por entender todo lo que Patricia quiso decirme. La historia tiene su prólogo en México: tengan ustedes un poco de paciencia.

Comienza, probablemente, el día en que alguien, por vez primera, le comentó al abuelo Manolo lo muchísimo que se parecía a Jackie Gleason: «Es usted igualito que Don Sábado Noche, señor Bofill. ¿Nadie le dijo?» Hasta que una noche, en Acapulco, le fueron con el mismo cuento a Glea-

son y los dos acabaron por coincidir, como si hubiera estado escrito en alguna estrella.

Mi hermana Patricia me enseñó la foto —Gleason y el abuelo Manolo tomados por el hombro, con los inevitables sombreros charros y alzando sendas copas de Martini en el Flamingo Club— y es verdad que parecían gemelos: La misma corpulencia, la misma papada, bigote, pelo negro, brillantina, puro. En la foto está también (sonriendo y guapísima) nuestra madre, Gloria, que acababa de cumplir veinte años, pero no la abuela Carmeta, poco amiga de las extravagancias y las salidas nocturnas.

Mamá y los abuelos veraneaban en casa de unos amigos, los Pecanins, a menos de trescientos metros del Hotel Ensenada, donde Jackie Gleason disfrutaba de sus primeras vacaciones en tres años. Cuando Gleason manifestó un tanto eufóricamente el deseo de conocer a su «doble latino», al abuelo Manolo le faltó tiempo para «hacerse el encontradizo», espoleado por mamá, que se moría de ganas de ver de cerca a su ídolo y hacerle firmar «todos sus discos», de los que nunca se separaba. Casi puedo ver a la abuela Carmeta (a la que nunca conocí) trionándole de la manga de su vestido de cóctel y diciendo «*Un disc i prou, nena. No l'atabalis*». No tenemos testimonios de lo que sucedió aquella noche entre Jackie Gleason y el abuelo Manolo porque mamá se «retiró», por indicación paterna y abrazando contra el pecho su disco autografiado, poco después de que les tomaran la foto en el Flamingo. Ellos dos siguieron, contó, hasta cerrar todos los clubs de la zona de Ensenada, y la noche acabó con una invitación en firme para visitar la casa de Gleason en Peekskill y de vuelta, la de los Bofill en Colonia Polanco.

Verano del 55, dice la foto. *The Jackie Gleason Show*, el programa estrella de aquel año, con J.G., Mr. Sa-

turdav Night, al frente de su gran orquesta, se emitió en directo desde el estudio «de lujo» (mármol rosa y negro) de la CBS en Nueva York, y lo veían millones de telespectadores de costa a costa. Mamá no podía ver el programa desde la casa de Colonia Polanco (sólo en verano, cuando iban a pasar las vacaciones a Acapulco o cuando acompañaba al abuelo Manolo a Monterrey) porque las cadenas yanquis no llegaban en aquella época al Distrito Federal, pero tenía todos sus discos, discos de música ensañadora, con títulos maravillosos como *Opiate d'Amour*, *Lonesome Echo* o *Night Winds*, y había bailado *Melancholy Serenade* en brazos de su padre (*luxedo* blanco, corbatín de plata taxqueña) en la fiesta de su puesta de largo en Las Lomas.

La foto llevaba también una enigmática dedicatoria («*To Manolo, my cuate, my double in the Parallel Universe*») rematada con la invocación «*Always we go!*», la misma que estampó, con su estilográfica de tinta roja, en el disco de mamá. Veamos. Respecto a lo primero —«mi doble en el Universo Paralelo»—, averigüé (vía Internet) que Jackie Gleason era un verdadero pirado de los fenómenos paranormales. Padecía de insomnio, y cuando no estaba en el Toot Shore's, su bar favorito en Broadway (donde a menudo, y el abuelo Manolo fue testigo, solía invitar a toda la clientela) pasaba las noches devorando cientos de libros sobre planos astrales, percepción extrasensorial y vida después de la muerte. En 1988, Marilyn Gleason, su viuda, donó su colección —que había legado a los mil setecientos volúmenes— a la Biblioteca Otto G. Richter, de la Universidad de Miami. Cuentan que llegó a gastarse una fortuna en una misteriosa caja dorada con inscripciones vagamente egipcias que, según le habían dicho, contenía un «verdadero ectoplasma», la «mística esencia de la vida», y que nunca se atrevió a abrir

por miedo a que se esfumara. También tenía un supertelescopio en su casa de Peekskill, en las afueras de Nueva York, para rastrear platillos volantes. Mamá y el abuelo Manolo miraron por ese telescopio, con lentes de medio metro de diámetro y orientado al sur, en la terraza más alta de la casa, pero no vieron nada.

Ni falta que les hacía, porque la verdadera nave extraterrestre estaba allí mismo, bajo sus pies, a su alrededor. Nunca habían visto una casa como aquella. Había sido diseñada para parecerse a un platillo volante —Gleason les dijo que la quiso así para que se viera desde el espacio como un «punto de contacto»— aunque más bien hacía pensar en una enorme pelota de golf semienterrada en la hierba: Media esfera revestida de placas de titanio blanco, que, al deslizarse, abrían unas sorprendentes ventanas de vidrio curvo y vista panorámica. Había bar en todas las habitaciones, una gran pantalla de televisor empotrada en el techo, sobre su cama, y un órgano con varios teclados en la sala principal. Sin embargo, J.G. era un completo analfabeto en materia musical. Tocaba de oído, lo que no le impidió acuñar el «sonido Gleason», ni publicar, entre el 52 y el 60, más de cuarenta álbums, de los que llegó a vender ciento veinte millones de copias. Decía que tenía «un sonido en la cabeza», un sonido que venía del hiperespacio, de galaxias lejanísimas, y que su trabajo consistía en «darlo a conocer», como un mensaje extraterrestre por decodificar. Él, insistía, era tan sólo «un conductor». Cuando le preguntaban por las características de su sonido decía cosas como «sólo sé que tiene color vainilla».

Volvió locos a los arreglistas, a los sellos discográficos, a sus sucesivos *managers*. Podía gastarse ocho mil dólares en una noche; sacar de la cama a quien fuera necesario

para que le abriera el mejor estudio de la zona y grabar una sesión de «música de vainilla»: con los mejores instrumentistas del momento, a los que agrupaba en formaciones caprichosas: veinticuatro violines y una trompeta, o cuarenta mandolinas y una guitarra *slide*. Uno de sus ayudantes viajó a Italia para localizar a los cuarenta mandolinistas, meterlos en un avión y llevarlos a Los Ángeles. Me los imagino perfectamente con sombreros y gabanes oscuros, bajando la escalerilla del avión como topos desconcertados por la espejeante luz de California, protegiéndose los ojos con las partituras. El dinero le llegaba y se le iba a la misma velocidad, como un fluido. Dos semanas antes de que «cayera del cielo» el programa que le hizo rico, Gleason vivía en un hotel y apenas tenía unos miles de dólares en el banco. Aquella noche les contó que se había presentado totalmente borracho en el despacho de William Paley, el mandamás de la CBS, y que se quedó dormido en mitad de la cita de negocios más importante de su vida. Cuando abrió los ojos, Paley, impresionado, le tendía el contrato más sustancioso de la historia de la televisión: once millones de dólares por dos años.

«*Away we go!*» era la frase con la que daban comienzo todas sus actuaciones, pero, sobre todo, era su lema vital. El del abuelo Manolo venía a significar lo mismo, sólo que en castellano: «¡Adelante con los faroles!».

«El dinero —decía Gleason— es como el agua y nosotros somos barcos, *cuate*. Hay que deslizarse por encima del agua y dejar que las cosas pasen. Cuando un manantial se seca brotan otros diez y tarde o temprano los encontraremos. ¿No estás de acuerdo?».

El abuelo Manolo no podía estar más de acuerdo. Había salido de Barcelona rumbo a México en el 38, por piernas y sin un duro, después de que los de la FAI colectivizaran su fábrica de recauchutados, con una hija de tres años y una esposa, la abuela Carmeta, que, salvo la quinceña que pasaron en París después de la boda, nunca había manifestado el menor deseo de rebasar la cuadrícula del Eixample.

Entre 1938 y el año en que conoció a Jackie Gleason, Manolo Bofill ganó y perdió fortunas sin que se le aflojaran la sonrisa ni el ánimo. Ganó en Guadalajara (industria química), jugó y perdió en Monterrey (minas, metalurgia), se recuperó, a lo grande, en el D.F. (inmobiliarias, bienes raíces, la casa -Sterne, 53- de Colonia Polanco, el Colegio Cibeles para mamá, servicio y armijos para la abuela Carmeta) y se hundió como una piedra en Acapulco. Todo sucedió muy deprisa, con la aceleración final de una partida catatráfica, resuelta en dos golpes casi simultáneos. Alguien llamó a Peekskill para darles la primera y peor noticia, pero ya habían salido. Mamá diría luego haberlo presentado a la hora del desayuno, cuando Gleason propuso un brindis de despedida («*Away we go!*») con zumo de naranja, y ella pensó repentinamente en la abuela Carmeta y en todo lo que se había perdido por no querer acompañarles, y notó algo parecido a «una brisa suave pero muy fría» entre los tres. A aquella misma hora, supieron, un autobús escolar la había atropellado en Insurgentes Sur. A la semana justa de su muerte llegó el segundo golpe: En una reunión de urgencia del Consejo de Administración, sus socios de la inmobiliaria le hicieron ver que el proyecto del gran hotel de Acapulco, en el que habían invertido casi todo el activo a instancias suyas, era una gigantesca estafa organizada por la mafia cuba-

na. Durante los meses que siguieron al doble desastre el abuelo Manolo intentó comportarse como si nada de todo aquello hubiera sucedido, pero cada vez bebía más y dormía menos. Mientras la piscina se llenaba de hojas y limo, los criados se despedían y el teléfono no dejaba de sonar reclamando impagos, el abuelo se empozaba en cuestiones absurdas. Como, por ejemplo, el motivo que había impulsado a la abuela Carmeta (que sólo pisaba la calle para la misa de los domingos o los conciertos de la temporada de otoño) a salir (sola, con todo el servicio dormido) a primera hora de aquella banal mañana de septiembre. Madrugada: «Sabía algo. Sabía algo y trataba de ponerse en contacto con nosotros. Intentaba advertirnos.» «No, papá, no. No tiene sentido: Le hubiera bastado con telefonar a Peekskill.» «¿Desde casa? ¿Con la línea pinchada por esos cabrones? ¿No has oído los ruidos cada vez que desuelgas?» «Papá... Trata de descansar. Duerme un poco.» «Escucha. Escucha los ruidos. Hay alguien al otro lado, no me digas que no.» «Papá, me estás volviendo loca. ¿Por qué no te tomas...?» «No quiero pastillas. Quiero el número de ese autobús. Y el nombre del tipo que lo conducía. ¿Me oyes?» «Sí, papá...»

Toda aquella agitación, aquel girar en círculo como el hielo en los vasos, aquel despertar a mamá a las tantas de la noche para repetirle una y otra vez las mismas teorías dispartadas cesaron como un motor que se para al acabarse el combustible. Hubo un último viaje a Acapulco, una última reunión, un intento desesperado de salvar lo salvable. El abuelo volvió cambiado de aquel viaje. Sonreía, como si ya nada le importara; se movía como si realmente se le hubieran acabado las pilas. Dejó pasar los meses en una hamaca

del jardín, contemplando el agua verdosa (y ya con tintes tornasolados) de la piscina, el oleaginoso manto de hojas. Quizás fue al ver un día el agua solidificada (de golpe y como por vez primera) cuando comprendió el mensaje: Podía caminar sobre ella, volver atrás, empezar de nuevo. Flotar; flotar sobre el lecho de limo y hojas muertas, inútiles, y —*Away we go!*— dejarse llevar por la corriente, río abajo. Cosas más raras se han visto. El caso es que una tarde, a finales de aquel otoño, entró en la habitación de mamá para decirle «Nos volvemos. Aquí no nos retiene nada». Y aun- que había jurado que no pensaba regresar hasta la muerte del Gallego, malvendió las pocas cosas de valor que les quedaban y aterrizaron en Barcelona a principios del invierno de 1956. Fin del prólogo.

«Ahora te voy a explicar en qué extrañas circunstancias conocí yo a Jackie Gleason», me dijo Patricia. «La historia, para mí, comienza en Barcelona. Nos la contó mamá, mucho tiempo después, cuando yo tenía diecisiete años y tú estabas a punto de nacer. La verdad es que nosotros nacimos en Barcelona por casualidad. Mamá odió Barcelona desde el día mismo de su llegada: Una ciudad gris, sucia, aterida como un eterno mal día de invierno; una ciudad que se apagaba a las seis de la tarde. Al principio vivió como una princesa desterrada; como si la hubieran expulsado de un cine donde proyectaban una película en technicolor y cine- mascope con una maravillosa banda sonora compuesta por Jackie Gleason sólo para ella; una película que parecía que no podía acabarse nunca.

»Los recuerdos de México le volvían como destellos de un sueño desbordante de luz y colores, con yucas enor-

mes y coches larguísimo y vestidos de cóctel y electrodomésticos brillantes, y chicos y chicas cuyos rostros se repetían de fiesta en fiesta; chicos y chicas de los que ya había empezado a olvidar sus nombres.

»Estamos en el invierno del 56, uno de los más fríos de la historia de Barcelona. A Jorge y a mí nos quedan meses de dos años para nacer, pero nadie lo diría, y mamá la que menos. Ahora mamá está hundida y el abuelo flota, feliz. ¿Ya no se acuerda de la abuela Carmeta, a la que quiso “con locura”? Claro que se acuerda: Mamá se convencerá cuando una noche le oiga desde la cama, llorando, muy bajito, encerrado en el lavabo de la habitación del hotel, “como si se tapase la cara con una toalla”. Y cuando, aburrída, le siga una tarde para ver a dónde demonios va, y le vea pararse, incomprensiblemente, ante una pastelería de la calle Lauria, clavado bajo la lluvia y sin moverse durante mucho rato, todo el que tardó mamá en correr a sus brazos al adivinar, como de un soplo, que era allí donde había vivido con la abuela Carmeta y donde ella había nacido, antes de que los bombardeos del 38 acabaran con la casa, el lugar sagrado que tantas veces él había demorado enseñarle.

»Antes de eso, mamá pensó que también para él toda su vida en México parecía habersele vuelto una película lejana, un sueño olvidado, otra vida. Como si volviera a vivir en la Barcelona de antes de la guerra; como si no hubiera habido ni México ni guerra. ¿Cuesta de creer, verdad? Llegó a pensar que se había vuelto un poco loco; que la doble desgracia le había afectado la bola. Había oído mil historias de gente a la que se les borran zonas enteras de memoria después de una gran pérdida; que “de un día para otro” podían pasar de la absoluta negrura a un entusiasmo delirante o una idiocia sonriente. Sí, el viejo deliraba. ¿Cómo podía gustarle

aquello? Todo le parecía fantástico, todo era un motivo de felicidad. Las horribles cervezas Damm. Los kioscos de animales de las Ramblas, con aquellos pobres pájaros encerrados en jaulas en las que no podían ni extender las alas. Las olivas rellenas de un bicho parecido a un ciempiés. Las casitañas (que él sostenía tan embelesado como si el cucurucho de periódico contuviera el Santo Grial) asadas en aquellas casetitas ridículas con una bombilla desnuda y zarandeada por el viento. El mar oleaginoso, el puerto famélico.

»Todo le parecía fantástico desde el primer día, cuando llegaron de noche al Hotel Emperatriz, y el dueño le miró atónito, como se mira a un hermano dado por muerto en la batalla del Ebro, antes de gritar su nombre — ¡Manolo! ¡Manolo Bofill, carajo! — y ponerse a ulular imitando los gestos de un *síoux* en pie de guerra. El abuelo correspondió con un “¡Jalisco!” de mariachi en celo y se lanzaron el uno en brazos del otro, como criaturas. Los dos permanecieron minutos y minutos abrazados en el *ball* sin decir palabra, emitiendo una extraña mezcla de llanto humano y jadeos de felicidad perruna, mientras ella, abochornada, se miraba las punteras de los zapatos.

»Luego les dio la mejor habitación (“¿Lo ves? ¿Lo ves?”), en la que vivirían hasta que mamá conoció a papá, y en la que el abuelo vivió hasta su muerte. Mamá nunca llegó a averiguar los vínculos que unían a su padre con Reyna, el dueño del Hotel Emperatriz; vínculos que les permitieron aguantar, a su costa, durante los primeros meses, hasta que el abuelo volvió a meterse de nuevo en negocios y a remontar.

»El hotel ya no existe. Era un raro inmueble de piedra blanca, como lijada por el agua, en el comienzo de Travera de Dalt. Con no más de seis pisos y su fachada curva, casi tubular, parecía un rascacielos trunco, detenido en su

crecimiento por falta de calcio. Fue el centro de sus vidas entonces, la burbuja central de aquella cadena de burbujas que formaban “la Barcelona del abuelo”: La recuperada (abrazos, abrazos) tertulia del Guineá, los mediodías; las veladas del boxeo y *catcb* en el Price los jueves, las timbas de póker en las casas de los amigos supervivientes. Porque la Barcelona de mamá seguía sin existir. Sólo veía calles estrechas, como aquella en la que todos los viejos de la ciudad (sin quitarse los abrigo, bajo las luces pálidas de las *granjas*, extraña palabra) parecían haberse dado cita para devorar grandes tazones de chocolate con nata. O avenidas amplias pero desoladas, con nombres incomprensibles, tan distintos a los luminosos, apolíneos Rousseau, Diderot, Voltaire, Sterne, de la Colonia Polanco; avenidas que morían abruptamente entre desmontes, barracas y edificios a medio construir, como si la ciudad se les hubiese acabado por falta de presupuesto o por pura y simple desidia. Los coches siempre negros, pequeños, lentos, escasos. Los tranvías grises, tambaleantes y atestados de gente, gente colgada de los topes, de las puertas abiertas, con bufandas y gorras, las caras amoratadas contra el viento; tranvías como vagones rebosantes de refugiados, avanzando, cuesta arriba, por una vía muerta. Y las cenas (pescadilla mordiéndose la cola) en el rídico *salón Celeste* del hotel, y los obligados paseos de los domingos por aquel Barrio Gótico tras cuyos muros de piedra oscura todavía podía oír los gritos de los torturados por la Inquisición, aullando bajo la luz violenta de los hachones.

»Le dio por no salir del hotel. “Hace demasiado frío afuera”, decía. Bajó al sótano, donde les guardaban lo poco que se había salvado de la quema, y recuperó los discos de

Jackie Gleason y el tocadiscos de maletita que el abuelo le había regalado cuando cumplió diecisiete años. Pasaba los días tumbada en la cama, devorando todas las revistas extranjeras que él podía conseguirle, escuchando aquella música que se había convertido en la melancólica banda sonora de su vida anterior. Cuando se convenció de que aquella podrida ciudad no sería una escala sino el puerto definitivo para el abuelo Manolo, comenzó a bajar —literalmente— sus posibilidades de largarse a París. Todavía se acordaba de aquel juego, “mitad solitario, mitad Tarot”, que inventó con un mazo de cartas del abuelo, en una de las tardes más grises de aquel invierno inacabable. El as de corazones era un Marido Rico. El de tréboles, un premio de Lotería. El de diamantes, una “fulgurante carrera de actriz”. Luego venían bazas más razonables: Beca de estudios “por determinar” (siete de picas), Profesora de español y/o de inglés (siete de diamantes), *Bonne* con derecho a *chambre* (siete de corazones), Lo Que Fuera (Joker).

»Una madrugada, al volver de una timba, el abuelo Manolo dejó en la mesilla el puñado de revistas (*Princesa*, *Realité*, *Life en Español*) y los paquetes de Camel, se sentó a los pies de la cama y mientras le masajeara a su hija los pies helados le dijo: “Como nunca he sido un padre normal no voy a empezar a serlo ahora, no tengo derecho. Ni sabría hacerlo. No voy a preguntarte si piensas seguir tus estudios ni a qué piensas dedicarte, porque ni siquiera sé lo que haré yo. No pensemos en el futuro. Mi obligación es conseguir dinero, y la tuya ser feliz. Añoras México y lo comprendo. Yo te traje aquí y te prometo que todo cambiará, ya lo verás. De hecho ya ha cambiado, pero tú todavía no te has dado cuenta”.

»Y sucedió que el abuelo Manolo cumplió con su

obligación de conseguir dinero, y mamá con la suya de ser feliz. El abuelo comenzó a volver de sus partidas con fajos de billetes que echaba sobre la cama como si esparciera *confetti*, y a dictar de nuevo órdenes breves y contundentes por teléfono, o largas listas de números, con su voz de antes. Colgaba y se ponía a caminar por la habitación arriba y abajo, esperando, impaciente. El tiempo justo de fumar un Camel y el teléfono sonaba de vuelta, y ella le oía decir: “Bé, bé. *Anem molt bé. Endavant*”. Comenzaron a acudir a “actos sociales”, a “vestirse para salir” (a la sesión *vermouth* del Ríogat, a tomar una “merienda cena” en el Salón Rosa o el Lezo, a bailar en el Emporium); a ir a fiestas, a cines y teatros. Mamá no dejaba de hacer comentarios ácidos sobre las cosas que veían o sobre lo mal que les sentaba la ropa a todas aquella gente, gente “como de casino de provincias”, pero iba. “Por acompañarte.” El abuelo sonreía y no decía nada. Volvía a recuperar, complacido, las sabidas miradas de aquellos que, antes de deshacerse el equívoco, creían por un momento en la imagen del maduro potentado y su joven amante. Sí, mamá estaba cambiando, estaba comenzando a “cumplir con su obligación”, sin apenas darse cuenta.

»Un domingo de mayo, el cielo se abrió para ella y vio el sol por vez primera desde su llegada. El sol era una naranja confitada, reluciente de atropé, que ella alzó a la luz diamantina de la mañana antes de hincarle los dientes y dejar que la pulpa azucarada chorrease sin trabas por su barbilla. Estaban en la feria de Sant Ponç, en la calle Hospital, y ella no protestaba por los empujones de la gente, ni dirigía una mirada desdeñosamente irónica a todos aquellos que, todavía con abrigos y sombreros, apretaban contra el pecho, como si fueran custodias, grandes frascos con miel y cerezas. Reía y mordía el sol confitado, pringándose toda la boca.

»Hasta que de repente, tan de repente como había muerto la abuela Carmeta o se habían encontrado brindando con Jackie Gleason en la casa de Peekskill, la vida se le convirtió en un cuento de hadas o, como decía ella, "en una radionovela de lujo".

»En una "fiesta de primavera", un baile en los jardines de una torre de la Avenida de Sarriá, propiedad de uno de los nuevos amigos del abuelo, conoció a Tano, que con su aire de galán latino (bajito, pero galán), sus miles de discos vendidos y el éxito de su primera película (*El ruiseñor moreno*) era la estrella de la noche. Mamá bailó con él —"bailaba fatal, pobrecito" — ignorante de los motivos de su brillo: Desconocía sus canciones, desconocía la película. En un aparte le informaron: "¿No oyes la radio? Es Tano Poveda, el cantante". Para entonces (otro baile, otro ponche), papá ya estaba encantado con ella, con su aire (decía) de "mujer de mundo" ("¿Usted no es española, verdad?"), con su forma de hablarle, tranquila y divertida, absolutamente desinteresada de lo que Tano hubiera hecho o dejado de hacer. El mismo tono *nonchalant* que debió utilizar en las fiestas de Las Lomas al conversar, entre baile y baile, con un chico que resultaba ser el hijo del rey de los oleoductos panameños o el diplomático más joven y prometedor de su promoción.

»Les hicieron una foto esa noche, en los jardines. Papá está guapísimo, con aquel pelo negro y rizado que tenía entonces, tan "a lo Jorge Mistral", y aquellos ojos como tizones, y aquellos labios que has heredado tú, cabrón. Mamá, con vestido blanco de cuello barco, parece una Audrey Hepburn rubia, una rareza irresistible entre todas aquellas barcelonesas —y no es amor de hija: a la foto me remito— co-

mo polillas culonas, con visibles problemas de depilación y con esa mueca de estupor azorado y mejillas flácidas tan característica de las hijas de la burguesía española de la época. Los dos están hablando y sonriéndose, ajenos por completo a la cámara y al revolotear de las polillas, como si se conocieran de toda la vida, y yo diría que ya enamorados para siempre. El abuelo Manolo asomó un momento para presentarse y excusarse: Le reclamaban "los malditos negocios" en el piso superior. Tano le pidió permiso para acompañar a mamá al hotel; el abuelo dijo "Eso preguntásele a ella", Mamá dijo "pero aún es pronto". Al día siguiente, los que les vieron salir juntos de la fiesta hablaban del fulminante *flirt* entre el astro de la canción española y "una atractiva joven, de la mejor sociedad mexicana".

»Esa noche, mientras paseaban por la Avenida de Sarriá, Tano le contó su perra vida anterior (pastor, camarero, repartidor de leche, albañil, pintor de brocha gorda, vendedor de cántaros) hasta el día en que "de repente" todo cambió: El concurso de Radio España a los diecisiete años, el debut en el Gran Teatro de Córdoba, el contrato con La Voz de su Amo. Luego se echó a reír y dijo: "No sé lo que me pasa; nunca hablo tanto. Y menos de mí". Se besaron bajo la cruz de Pedralbes; subieron por la Avenida Pearson y vieron por primera vez la que sería nuestra casa, con las ventanas cubiertas de madreselvas y el cartel de Se Vende escrito con B, y volvieron a besarse frente a la verja rota mientras comenzaba a amanecer.

»A la mañana siguiente, el sol de naranja confitada relucía, ubérrimo, en la exacta mitad del cielo, azul, ensanchado. Sí: Al enamorarse de Tano, mamá se enamoró de la

ciudad; tan simple como eso. ¡La mirada del amor, Micky, de la que tanto hemos oído hablar! Los plátanos de las Ramblas, hasta entonces muñones resecos, alzaban ahora un palió de verdor sobre sus pasos; Barcelona entera florecía, a sus ojos, de terrazas y toldos y tranvías abiertos. Incluso acabaron por gustarle las olivas rellenas. La noche de la verbena "bajaron" al Raval, erizado de hogueras y olor a pólvora y albahaca. Les habían invitado a una verbena en el Club de Tenis la Salud, pero Tano no quiso ir. "De incógnito", bailaron pasodobles y boleros bajo los farolillos, envueltos en una marea feliz de muchachos con camisas blancas y chicas riendo a carcajadas, tropezando con sus primeros zapatos de tacón alto. ¿De dónde salían? ¿Dónde se habían escondido durante todo el invierno, cuando más les necesitaba? Una chica le preguntó a Tano si era Tano Poveda. Mamá dijo: "¿Tú crees que si fuera Tano Poveda estaría aquí?". Más tarde pusieron una de sus canciones, *Luna gitana*. Fue la primera vez que mamá le vio ruborizarse, al verla a ella con la cabeza inmóvil y las orejas en trance, hipnotizada por aquella voz como el vuelo de un pájaro que subía y subía, atravesando nubes, hasta perderse en un azul desconocido. "Anda, vámonos, que me da apuro", dijo él, y ella se estrechó todavía más contra su cuerpo. El abuelo Manolo estaría en Sitges - "Negocios" - durante todo el fin de semana. Jorge y yo nacimos nueve meses después.

»Ahora saltamos a 1963. Jorge y yo tenemos seis años. Y, naturalmente, no sabemos nada de todo esto. Nada de México ni de la abuela Carmeta, nada de mamá rodeada de revistas extranjeras y jugándose a las cartas un improbable futuro parisino, nada de la fiesta de primavera ni de la

verbena tras la que fuimos concebidos. Nada del abuelo Manolo, parado, bajo la lluvia, ante el fantasma de la casa donde vivieron hasta el 38; nada de Jackie Gleason. Sabemos de gatos, sabemos de esqueletos, sabemos de laberintos, nuestras sucesivas obsesiones de aquellos años. Sabemos robar cosas. No nos falta de nada, tenemos todo lo que unos niños podrían desear. Tenemos el amor de nuestros padres y, todavía más importante, para un niño la contemplación del amor que se profesan. Vivimos rodeados de amor; vivimos en la Casa del Amor, como también viviste tú.

»Pero robamos. Como urracas. Entramos en la cocina y nos llevamos los servilleteros; entramos en la habitación de nuestros padres y nos llevamos un cepillo de mamá, una caja de Maderas de Oriente, el calzador de carey de Tano. Todo lo que brilla, todo lo que nos seduce, todo lo que convertimos, justo en el momento de decidir robarlo, en objetos sagrados. Lo robamos y luego lo llevamos a la casita del árbol, para engrosar nuestro altar secreto, el que no ha visto nadie. O al fondo del jardín, más allá del estanque, donde la sombra de los árboles es más espesa y entrelazada. Para hacer laberintos. Jorge dibujaba unos laberintos maravillosos, y luego los construimos allí. Los laberintos eran un regalo. Un regalo para papá y mamá. Siempre hacíamos uno nuevo para recibirles cuando volvían de una gira. Hasta la tata Micaela nos daba restos de cosas -curruscos de pan seco, tapones de corcho, pedazos de carbón- para acabarlos. Quemaba un poco el corcho y con el tizne nos pintaba bigotes y anteojos para el gran recibimiento, la solemne inauguración del laberinto. Era encantadora la tata Micaela; no sabes lo que te perdiste.

»Después nos dio por los esqueletos. Hay una edad en la que todos los niños se vuelven locos por los esqueletos;

parece que está comprobado estadísticamente. Cavábamos agujeros en el jardín, en la zona de los gatos. Eso había que hacerlo al anochecer, cuando el sol comenzaba a esconderse por Esplugas. Desenterrábamos raíces, piedras alargadas y trocitos de madera podrida y jugábamos a reconstruir esqueletos.

»Veo aquel sol dulcísimo como una bola de helado de naranja, deritiéndose; el silencio casi azulado de aquella hora, el oscuro silbido de las lechuzas abriendo los ojos. Oigo a Jorge diciendo: "Pero falta la cabeza, no podemos hacer nada sin la cabeza". Ya hay muy poca luz, y las piedras blancas, extendidas sobre el dibujo del esqueleto que Jorge ha hecho en la tierra, con un palo, brillan como huesos fosfóricos a la luz de las primeras estrellas. Entonces nos llamamos para cenar, y volvemos a taparlo todo, hasta el día siguiente.

»Nuestro mundo, nuestra burbuja, empezaba y acababa en la casa de la Avenida Pearson, donde, en aquella época, todavía se escuchaban gallos al amanecer; en el jardín, en la casa en el árbol que nos construyó papá, y por la que nosotros ni le dimos las gracias: Estábamos demasiado ocupados decidiendo quién sería el que trepase antes por la escala de cuerda.

»Teníamos que haberles dado las gracias por tantas y tantas cosas... Pero yo no me enamoré de papá hasta mucho tiempo después, hasta los doce o catorce años, cuando comencé a acompañarle por los teatros, y podía pasarme horas sentada viéndole jugar al dominó con los músicos, o al lado del escenario, en la "sillita de la reina", guardándole la toalla con la que se secaba el sudor entre canción y canción.

Jorge se enamoró algo antes de mamá, como parecía ser preceptivo. Aunque nuestro primer y conjunto amor, nuestro primer héroe fue el abuelo Manolo. Es decir, Jackie Gleason.

»Estábamos locos por él, aunque no le veíamos casi nunca; quizás por eso, por lo raro e infrecuente de sus apariciones. Cuando papá y mamá se casaron no quiso venirse con ellos a la casa, no quiso dejar la habitación del Hotel Emperatriz. "Aquí tengo toda la libertad que quiero y todo lo que necesito. Reyna y yo nos casaremos también un día de éstos, ya veréis. Haced vuestra vida. ¿Dónde voy a estar mejor que aquí?". No se casaron pero les faltó poco. Acabó metiendo pasta en el Hotel Emperatriz, y Reyna y él se convirtieron en socios.

»El abuelo Manolo nunca olvidaba los cumpleaños y aparecía siempre en las fiestas "señaladas", pero nunca por mucho rato. En aquella época el abuelo debía tener ya más de setenta años, pero no paraba. Nunca estaba quieto. Tenía una tripa inmensa, pero no era un "gordo tranquilo". Siempre parecía ir con prisa, con una sorprendente agilidad de oso arlequín. Fumaba mucho, cajas y cajas de Camel corto. Y bebía infinitas tazas - "tacitas" - de café exprés. Cuando venía a casa, sus bolsillos eran una fuente inagotable de caramelos de menta que hacía aparecer tras nuestras orejas, pero con el gesto amablemente rutinario de un prestidigitador que, con la cabeza en otro lado (en el próximo número, en la próxima parada) se limita a cumplir con los hijos del empresario. Los niños siempre se dan cuenta de esas cosas.

»Nunca nos dijo que nos quería, nunca nos tuvo más de un minuto en las rodillas, pero aun así estábamos lo-

cos por él. ¿Te acuerdas de Fongor? Era un gatazo negro y viejísimo cuando tú le conociste, pero seguía teniendo locas a todas las gatas de la casa; a las gatas y a sus hijos. Gordo, achacoso, ya sin rabo y cubierto de mordiscos y arañazos, y todos los cachorros corrían a frotarse en su lomo tan pronto aparecía. Pasaba larguísimas temporadas fuera de casa, y le dábamos por muerto y buscábamos su esqueleto, hasta que un día mamá nos decía que no, que estaba vivo, que le había visto muy lejos, delante del cine Murillo, o en los jardines de La Salle Bonanova. Fongor volvía cuando menos le esperaríamos, y nosotros sabíamos que estaba llegando porque todos los gatos se quedaban quietos y con las orejas aguzadas como si hubieran reconocido a un fantasma, y entonces Fongor salía de entre las hileras de clivias como si se moviera a cámara lenta, como una tortuga prehistórica, y recuperaba su trono —el parterre de las hortensias— y todos maullaban y se frotaban y hacían las mejores gracias para él, y Fongor parecía no hacerles el menor caso, inmóvil como un buda y entrecerrando los ojos —un ojo de cada color— por que los cachorros le tapaban el sol con sus monerías.

»Cuando el abuelo venía a casa siempre sonaba el teléfono y siempre era para él. Papá también le adoraba; los dos se llevaban la mar de bien, desde el principio, pero su velocidad le aturdió. «Para un poquitín, Manolo», le decía, «que el día menos pensado te va a dar algo.» «Ya descansaré cuando esté muerto», contestaba el abuelo. Nosotros no sabíamos qué era estar muerto. Sabíamos que los esqueletos estaban muertos, pero no sabíamos cómo se moría la gente.

»A veces, y esas eran las mejores veces, el abuelo se paraba. Y después de alguna comida, sobre todo si había to-

mado alguna copa de más, se ensoñaba y contaba cosas con una voz distinta. Esas historias eran sus mejores regalos y, pienso ahora, su manera de decirnos que sí, que nos quería. Cientos de historias maravillosas. Una vez era primavera, y estábamos sentados en el porche, y la brisa movía los visillos y entraba por las ventanas. El abuelo Manolo contó entonces la historia de las flores del desierto. Contó que una vez había atravesado el desierto de Antofagasta, en el norte de Chile; un desierto en el que no ves nada ni a nadie en mil kilómetros de viaje. Contó que el desierto es tan seco que las semillas se deshidratan; pasan quince o veinte años sin lluvia pero las semillas siguen allí, en una especie de estado latente o vegetativo. El abuelo vio llover en el desierto de Antofagasta, un diluvio torrencial después de tantos años de sequía, un diluvio que les obligó a detener el coche. Y de pronto, cuando el agua dejó de caer, miraron a su alrededor y el desierto se iluminó con miles y miles de colores, miles y miles de flores que brotaron y duraron apenas un instante. Mamá tuvo celos ese día, y con los brazos en jarras dijo que era increíble, que «a ella» nunca le había contado esa historia. Nunca le oímos repetir dos veces ninguna de aquellas historias. Y cuando le pedíamos que nos volviera a contar alguna («¡La de las flores en el desierto, la de las flores en el desierto!») decía «¿Qué flores, qué desierto? Yo nunca he estado en ningún desierto» para hacernos rabiar, y luego contaba otra, que también fingía luego haber olvidado o no haber vivido jamás.

»Ahora voy a contarte cómo conocimos a Jackie Gleason. Era verano, y ni Jorge ni yo dormimos bien aquella noche. Nos despertaba el calor, y cuando volvíamos a dormirnos teníamos sueños extraños; recuerdo que yo abría los ojos, de golpe, y veía a Jorge sentado en su cama con los

ojos abiertos, y luego sucedía extrañamente al revés. El cielo estaba encapotado, casi blanco, pero no se decidía a descargar. El reloj parecía haberse vuelto loco: Mirábamos las manecillas fluorescentes y eran "sólo" las diez, las doce, la una. Recuerdo también que, entre dos sueños reblandecidos por el sudor, creí oír el rugido del Tiburón de Papá, pero no sabía si acababa de oírlo o si había arrancado la tarde anterior, justo después de que la tata Micaela nos metiera en la cama. Cuando volví a abrir los ojos estaba lloviendo, y Jorge estaba de pie, escuchando a través de la puerta entreabierta. "¿Qué pasa?", susurré. "Chsst. Escucha". "¿La lluvia?", "No, *debajo* de la lluvia". "¿*Debajo*?". "Ven aquí y escucha".

»Jorge siempre tuvo mejor oído que yo. Agucé el oído y sólo al cabo de un rato comencé a escuchar el sonido que había *debajo* de la lluvia: Era un hilo de música, debísimamente, apenas perceptible, que venía de la planta baja. Salimos al pasillo, bajamos las escaleras. El hilo nos llevó hasta el comedor y nos quedamos clavados junto al quicio, uno a cada lado. Era la música más increíble que habíamos escuchado nunca, una música que parecía venir de otro mundo. Habían puesto el volumen muy bajo, para no despertarnos, así que era como escuchar el mar en una caracola, o un mensaje entre dos latas de leche condensada, en delicadísimo equilibrio sobre el hilo tembloroso.

»Papá y mamá estaban al fondo, en la galería que daba al porche, y sus siluetas apenas se recortaban de la luz gris que empezaba a filtrarse por el ventanal. Mamá estaba sentada en el sillón de mimbre, muy quieta, con la cabeza recostada en el respaldo y levemente vuelta hacia la débil

claridad; papá estaba de pie, también muy quieto, con las manos en los bolsillos y mirando hacia el jardín, donde ya cantaba algún pájaro desconcertado. Probablemente habíamos escuchado otras veces aquella música, cuando papá no estaba y a mamá le daba por poner discos, pero nunca así, con nuestros cinco sentidos en estado de máxima alerta, intentando *separar* de la lluvia aquella brisa de violines que parecía hecha de su misma sustancia, intentando que no nos vieran. Hasta que dejó de importarnos que nos vieran. Parecían estar muy lejos, en un planeta distinto al nuestro, el planeta de donde brotaba aquella música. Entonces papá se acercó a mamá y extendió los brazos. Mamá se levantó del sillón de mimbre y fue hacia él y se abrazó a su cuello. Permanecieron así, abrazados, inmóviles, la cabeza de ella en el hombro de él. ¿Inmóviles? No. Se movían. Muy lentamente pero se movían. Estaban bailando, balanceándose al ritmo de la música; había que afinar también la mirada para verlo. Bailando *como si se sujetasen* el uno al otro, como una pareja agotada tras una maratón de baile. Y nosotros allí, en la puerta, tan cerca y a la vez lejísimos, incapaces también de movernos, hipnotizados por las sombras y por la música. Tuve que tirarle del brazo a Jorge para que saliéramos de allí.

»Papá y mamá durmieron hasta el mediodía. No era la primera vez que cambiaban de horario y no nos sorprendió. Después del desayuno, mientras la tata Micaela estaba en la cocina, corrimos al tocadiscos. Allí estaba aquella maravilla: *Night Winds*, de un tal Jackie Gleason. Pero lo más sorprendente, lo más maravilloso es que había un retrato (al carboncillo) del abuelo Manolo en la portada. Abrimos la

puerta corredera del mueble y encontramos más discos con la cara del abuelo. El abuelo más joven, más delgado, con *smoking*, al frente de una gran orquesta. Había otros discos con fotos de parejas bailando o mujeres guapísimas a la luz de las velas, pero en todos aparecía el mismo nombre: Jackie Gleason: "Es el abuelo. El abuelo, cuando vivían en México" dijo Jorge. Vimos al abuelo vestido de *smoking* y cruzando el desierto de Antofagasta para dirigir a su orquesta, mientras todas las flores se abrían un instante a su paso, como en *Los tres caballeros*. "¿Y por qué pone Jac-kie-Gleason?" "Pareces tonta: Los artistas se cambian el nombre. Tano tampoco se llama Tano."

»Aquel día papá y mamá discutieron. No lo hacían nunca, no volvieron a hacerlo. Fue muy breve. Volvimos a la habitación para esconder la tapa del disco bajo la almohada y oímos primero la voz de papá y luego la de mamá, y luego nada; no logramos entender lo que decían; sólo que papá parecía no estar de acuerdo con algo y que mamá, al parecer, había ganado la partida. Pero no por mucho tiempo; justo hasta el final de aquel verano.

»Aquel verano no vinieron con nosotros a la casa de los tíos, en Villavides. Mamá nos dijo que papá iba a hacer unas galas en Madrid, y que ella le acompañaría. La tita Micaela vendría con nosotros en tren hasta Miranda, y el tío Miguel nos recogería en la estación; ellos dos "subirían" más tarde, desde Madrid. Jorge esperó a que nuestra maleta estuviera llena y cerrada para volver a abrirla y esconder la tapa del disco entre las mudas. En Villavides no teníamos casita en el árbol, pero había un cobertizo muy grande con herramientas, que olía a manzanas y a humedad. Jorge hizo un laberinto de manzanas y colocamos la tapa del disco al fondo, sobre dos columnas de macetas vacías. Durante el

día jugábamos a buscar objetos preciosos, piedras con formas raras, trozos de vidrio, chapas, piñas, restos de papel de plata, y las poníamos alrededor de la foto del abuelo; cuando se hacía de noche volvíamos a esconderla en la habitación, y así todos los días. Jorge jura que una noche se despertó por un ruido, un ruido "como de una gota de agua cayendo en un cazo", y que era yo besando la foto, con besos cortos y espaciados, como una idiota. Yo no lo recuerdo.

»A finales de aquel verano llegaron papá y mamá. Nada más llegar, mamá nos dijo que el abuelo Manolo se había vuelto a México; que no había tenido tiempo de despedirse pero que había dejado unos regalos muy bonitos para nosotros. Aquel día les dijimos que nosotros también teníamos una cosa muy bonita y que se la íbamos a enseñar, pero que tenían que prometernos que no abrirían los ojos hasta que nosotros se lo dijéramos.

»Cumplieron su promesa. Les llevamos hasta el cobertizo y Jorge les guió por el laberinto de manzanas mientras yo encendía los dos cabos de vela que habíamos encontrado en un cajón de la cocina y que iluminaron el rostro del abuelo, rodeado de piñas puestas en pie y chapas forradas de papel de plata, formando una estrella. "Ahora. Ya podéis mirar."

»Papá abrió los ojos y no dijo nada. Mamá abrió los ojos y pareció que no iba a decir nada nunca más, que iba a quedarse allá, delante del altar, el resto de su vida, muda, sin apartar los ojos de la sonrisa iluminada de Jackie Gleason. Entonces, después de aquel interminable momento, buscó nuestras manos en la oscuridad y las apretó. Y entonces sí, entonces dijo que era lo más bonito que había visto en su vida.

»Mantuvieron la comedia hasta que volvimos a Barcelona. La misma noche de la llegada, cuando caímos sobre ellos en el sofá, como todas las noches después de cenar, pa-

pá nos dijo: "Chavales, hay malas noticias. El abuelo Manolo murió mientras estábais en la casa de los tíos. No os lo quisimos decir antes para no amargaros las vacaciones. Mamá se inventó lo de México porque os quiere muchísimo, pero ya sois mayores, ya estais en edad de saber las cosas".

»Hasta muchos años después no me dijo mamá que tampoco aquella era toda la verdad. El abuelo Manolo no murió mientras estábamos en la casa de Villavides. Murió la noche en que conocimos a Jackie Gleason, en una timba, en el Salón Café del Hotel Emperatriz. Tuvo un primer infarto a las seis de la tarde, después de haber comido y bebido como un animal, a las dos horas de haber comenzado la partida. Un infarto del que no se dio o no se quiso dar cuenta. Tenía el brazo cada vez más agarrado, pero iba ganando, y como les repitió a los otros, la partida "acababa de empezar, y no se la iba a joder un calambre". El segundo infarto, el definitivo, le tumbó a las doce de la noche, cuando acababa de ligar un full. Reyna les telefonó desde el Clínico. Fueron allí, pero mamá se negó a ver el cadáver; le dijo a papá que no, que prefería recordarlo vivo, vivo y sin parar de moverse; que a él no le hubiera gustado que nadie le viese quieto. Mamá repetía "que no se enteren los niños, sobre todo que no se enteren los niños". Tampoco ella podía pararse, y recorrió "doscientas cincuenta veces" el pasillo del Clínico mientras papá se "hacía cargo" de las formalidades. Luego volvieron a casa. Fue papá quien puso *Night Winds* para calmarla, para que pudiera al fin descansar, para que se recostara en la música de Jackie Gleason como quien se deja llevar por una balsa, río abajo; la música que los cuatro escuchamos juntos aquella noche.»

Patricia me contó que muchas veces, durante su adolescencia, sintió que el abuelo Manolo estaba a su lado. Siempre en los momentos de plenitud y calma, siempre en los momentos felices. Como una brisa, como cuando él comenzaba a contar historias y la brisa de verano movía los visillos. Aquella brisa en la cara, suave como la música de Jackie Gleason. Como si la música de Jackie Gleason volviera a soplarle en la cara.